Jorge Núñez Sánchez

TARDE CON ARREBOLES

Quito, 2020

Jorge Núñez Sánchez

TARDE CON ARREBOLES

Quito, 2020

TARDE CON ARREBOLES
Jorge Núñez Sánchez

Autoedición hecha durante la pandemia

© Sobre la obra: Jorge Núñez Sánchez
© Sobre esta edición: Jorge Núñez Sánchez

Fotografía portada:
Atardecer quiteño. Foto del autor
Diagramación:
Fredi Landázuri–0995070155

Primera edición (digital): junio de 2020
Hecho en Ecuador. Bound in Ecuador

A los que amo y me aman

PALABRAS INICIALES

La poesía es una memoria íntima, que selecciona, guarda y preserva emociones particulares, sentimientos profundos, recuerdos secretos. En sus versos no está la historia cabal de lo ocurrido, la narrativa fiel de lo que fue, sino la vivencia profunda del ser humano ante los sucesos de su propia existencia. Los poemas son, pues, retazos de vida congelados en la memoria profunda, confesiones del poeta ante su propio yo, desnudamiento del ego, revelación del dolor y de la angustia, afloración del miedo y de la rabia, transmutación verbal de las vibraciones profundas.

Estos dos poemarios son de diversos tiempos. El primero es una recopilación de algunos viejos textos que sobrevivieron a los naufragios y de otros más nuevos, que andaban por acá y por allá. El segundo es una reunión de poemas de mi atardecer, escritos en los últimos años.

En estas páginas no hallarán ustedes rimas ni metáforas, porque se trata de una poesía de combate, surgida de una vida siempre en ascuas, siempre en trance de lucha contra los espantajos de afuera y los fantasmas interiores. Además, la verdad es que gusté más bien de una poesía esencial, desnuda de abalorios, que expresara lo suyo del modo más directo.

Aquí les dejo estos textos como un testimonio de mi propio paso por el planeta.

Jorge Núñez Sánchez

Quito, mayo de 2020

POEMAS
DE OTRO TIEMPO

REVOLUCIÓN

El tiempo tan soñado
había llegado
finalmente.

Empujado por el tumulto,
el poeta avanzó
hacia la tribuna.

Leyó un poema
y la plebe aplaudió
emocionada.

Leyó otro
y el público rugió,
y siguió leyendo
y escuchando rugidos
de aprobación.

Sudoroso,
agotado,
feliz,
leyó hasta quedarse
ronco.

Cuando despertó,
se encontró solo
y desnudo de poesía.

BÚSQUEDAS

Siempre me estoy buscando.
Hay retazos de mí regados por el mundo
y yo anhelo reunirlos
siquiera en la memoria.

Me busco en el que fui
y a veces no me encuentro.
Me busco en el que soy,
en el que hoy creo ser,
y encuentro pervivencias,
persistencias,
huellas de viejos pasos
y palabras.

Cuando sueño
soy el que quise ser.
Cuando despierto
soy lo que quedó en pie
tras la decantación
de la existencia.

Somos el testimonio de una lucha,
la victoria de nuestra voluntad,
la derrota de algunos sueños.

SOY EL QUE SOY

Soy éste y soy aquel que quedó atrás.
Soy la huella de otros días
y el testimonio vivo
de mis cambios de piel.

Soy la suma de todos los que fui.
Del que anduvo a tientas
y del que halló la luz,
del que te amó y te desamó,
del que olvidaste
y del que aún recuerdas.

Soy el que fui algún día,
soy el que sigo siendo,
soy el que quiero ser.

Soy la memoria y el olvido.

MIS HABITANTES

En mi interior habitan sueños
que tienen vida propia,
vuelan por donde quieren,
viajan hacia el ayer
o se lanzan a explorar mundos nuevos
como argonautas animosos.

Pero sobre todo habitan palabras
de diverso signo y colorido.
Ellas forman naciones propias y diversas.
Las hay poéticas,
políticas,
históricas,
y también palabras simples
y directas,
que se entienden sin más.

Ellos las cuidan con afecto,
pues necesitan de ellas para mostrarse
y ellas los acunan tiernamente,
pues sin ellos serían una multitud
anónima y sin destino.

Yo cuido de unos y otras
porque si me faltasen
moriría.

CARTA MARCADA

Nacimos con la marca de unas horas,
de un clima, de unas fibras ancestrales,
de unos registros sónicos
de gentes y de pájaros,
de unos ritmos cardiacos propios y parentales.

Crecimos viendo rostros familiares,
colores del paisaje,
formas de nubes hechas por el viento,
giros y evoluciones de las aves,
estaturas arbóreas
y líneas de horizonte.

Y escuchamos leyendas de la tierra,
risas del desayuno,
conversaciones gratas del almuerzo
y consejos en hora de merienda.

Esa es la escuela de la cercanía
Y el colegio vibrante del afecto,
donde se forman almas,
se encienden corazones,
se templan los espíritus para la vida adulta.

Y un día de esos, ya sin más,
salimos a la vida,
a correr por un mundo
donde reinan la fuerza, la envidia,
la dura y permanente competencia,
y donde vale más la voluntad de ser
y la gana de hacer
que todas las ventajas de la suerte.

CHUQUIRAGUA

Te miro y no comprendo
cómo pueden las sombras acostumbrarse al viento
que mueve el cortinaje de la noche,
cómo pueden los rastros no quedarse en camino
y se quedan en huella solamente,
cómo pueden los hombres aceptar el hastío
y volverse ahuecados como madera vieja.

Chuquiragua, te miro y todavía
falta en mis ojos ese tono exacto
de tu color de cobre incinerado

Ah, flor de frío, pájaro salvaje,
cómo envidia el insecto
la maravilla de tu arquitectura,
la acorazada curva de tus manos,
la luz que en cada flor acondicionas,
ese recogimiento modestísimo
con que burlas del viento
su acuciosa presencia y sus afanes.

¡Cuántas veces la vida me puso en tus dominios!
En el páramo loco, en el desierto,
sólo el viento aspiraba tu perfume secreto,
sólo la lluvia saboreó tu jugo,
hasta que te tomamos por ternura,
por piedra florecida,
y plantamos tu recia biología
en los recuperados territorios.

Desde entonces, no más estrella fría,
bengala silenciosa en la noche del páramo,
lagarto inmóvil, cántaro emplumado,
tallo rebelde de las estaciones.

Desde entonces, más bien, jinete de la arena,
meteorito enjoyado, incendio mínimo,
habitante frugal, guardián atento
de nuestras posesiones congeladas.

DESPIERTO

Despierto, en la alta noche,
capto los ruidos de la vida nocturna,
la suave respiración de mi amada
que sueña con los días de la juventud,
los murmullos de amor del piso próximo,
una lejana música de boleros,
un vehículo que mancha de ruido
el silencio de la avenida,
un perro que ladra a las sombras,
una gata que gime de deseo,
una rata que visita mi biblioteca
y devora medias palabras de Borges o de Poe.
y hasta una polilla que penetra
en la dulce carne del cedro.

Es la hora perfecta para el recuerdo
y el olvido.

EL SENDERO ILUMINADO

Voy de tu mano
por el sendero iluminado.

Es apenas el alba
cuando cruzamos por la loma,
el pozo, el bosque umbrío,
para llegar a tu pequeña escuela
de la colina,
donde tu luz alumbra
los aposentos, mentes y palabras.

Esa luz tuya, suave y siempre viva,
me ha seguido por siempre.

Alumbró los pasos
–buenos y malos–
de mi vida.

Me guió en las horas oscuras
de la angustia.

Fue mi faro
en la alta noche
de la duda.

Gracias te doy,
Amada, madre mía
por regalarme
tan bello porvenir:

avanzar
de tu mano
por el sendero iluminado
de las letras.

LLANTO

Siempre creí que el llanto
era el recurso de los débiles.

Criado en una escuela
de reciedumbre,
solo respetaba las lágrimas
de una madre
o, cuando más,
de un hijo abandonado.

Pero la vida me tenía reservada
mi propia ración de dolores.

Un día me fue negada
la proximidad de mi hijo
y lloré secretamente,
avergonzado de mi debilidad.

Otro día se ausentó mi hija
y me quedé deshojado,
viudo,
huérfano
y mis lágrimas corrieron hasta el mar.

Ahora lloro con frecuencia
y con secreta dignidad.

PRECOCIDAD

Triste destino el del niño precoz.
Corre aprisa por caminos que no son los suyos.
Vive a destiempo lo que de todos modos va a llegar.
Se afana en entender lo que aún no está a su alcance.
Bucea en aguas ajenas,
en emociones adelantadas,
en horas de otro tiempo.

Lo peor es que no lo busca,
sino que es empujado con afán
por un destino inescrutable,
que le dice esto es lo que te ofrezco,
lo único que tengo para ti,
la sola puerta abierta hacia la vida,
y debes jugarte el albur
al cero o al infinito.

SUDAMERICANO

Miro este mundo y sé que no es el mío.
Observo sus pináculos,
sus majestuosos edificios
y sé que no se hicieron
por ni para nosotros,
los de allende el océano,
sino para ellos mismos,
para su regocijo y su grandeza.
Solo que esa grandeza
se levantó sobre nuestra ruina
y su regocijo se financió con nuestra angustia.

No encuentro en su cultura
ningún símbolo propio de mi tierra,
y me alegro por ello,
porque por su miopía
y sus prejuicios
todavía nos queda el monopolio
de algunas maravillas.

En fin, me reconforta saber
que nos arrancaron el pellejo
pero no lograron expropiarnos el alma,
que aún puedo andar por La Castellana
silbando un sanjuanito inexpropiable,
que mi ser todavía es una voz de voces
llegadas en el habla de otras bocas,
pero también de ideas ancestrales,
de palabras auténticas.

Río sintiendo que soy parte de mi suelo,
que mi corazón es de mamey,
que mi vientre es una enorme granadilla,
que mis ojos son dulces capulíes,
y, sobre todo,
que mi dios es este Sol radiante,
universal y de oro líquido,
y no ese muerto triste
colgado de su cruz
y aún insepulto.

ME EXPLICO ALGUNAS COSAS

Están aquí la pluma y la palabra
y advienen, gracias a ellas, la alegría
y las expectativas placenteras.

Mas no basta la paz. No es suficiente
el gozo del amor.
Y así, en medio de la loca embriaguez
del erotismo,
hay una voz inquieta
que no aduerme sus locas resonancias,
que pregunta quién eres,
qué hay detrás de tus ojos y su luz de tristeza,
qué ráfaga violenta te estremeció algún día,
en que oscuro rincón
guardaste desde entonces la alegría
con que te vistes hoy.

Se pregunta también
qué mano inexplicable aproximó los pasos
tuyo y mío,
y afinó los detalles esenciales
para la ceremonia del encuentro:
la mano tibia, la sonrisa pronta,
la casa atardecida tibiamente.

No es todo. Me pregunta también,
desde allá adentro,
quien soy realmente y cómo se concilian
el que fui y el que soy
y el que quisiera ser para ti.

Me inquiere si aún tengo resonancias
capaces de vibrar con tus sonidos íntimos
–voz, susurro, suspiro–
y registrar la loca algarabía de tu risa.

Me averigua, por fin,
si estoy limpio de sombras,
si mis rutas internas se han abierto
para la bienvenida de tu sangre.

Y es entonces que llegas
con ese aire feliz de madrina del alba
y dueña del crepúsculo,
y me plantas un beso
en la mitad del beso que te guardo.

Solo entonces estoy en condiciones
de enfrentar mis preguntas y respuestas.
Te sientas junto a mí.
Me explico algunas cosas.

CANCIÓN DE AMOR

Patria disminuida,
yo soy un ciudadano enamorado
de tu verde figura,
un joven que te busca entre el estrépito
y la sombra de esta hora,
para hablarte de amor, reconocerte
como su propio sueño esperanzado,
poseerte con urgencia.

Hace días, ya muchos,
entreví tu figura y busqué aproximarme,
pero te me ocultaste entre la humilde
proximidad del pueblo;
y otra vez tu sonrisa y mi premura,
piernas y pulso con la urgencia unánime
que no pudo alcanzarte;
y otra vez más, jadeando, persiguiéndote
entre las arboledas,
las casas blancas y mujeres jóvenes,
la luz del mediodía.
Todo inútil.

Ayer supe, por fin, que estabas próxima.
Te me has ido acercando por las calles
más lejanas al ruido,
las voces más humildes de la tarde,
la urgente voz del pueblo.

Patria propia de pocos,
ahora me estás próxima.

Quiero amarte como eres:
atada y fuerte, dividida y única.
Reniego airado del amor a plazos
con que me distanciaban de tu sangre.

Patria digna de todos,
solo la ira puede redimirte.

Vengo a ofrecerte la ansiedad del joven,
la firmeza del hombre,
la solidaridad escueta de la lucha.

CIUDAD SIN PROPIETARIOS

Esta ciudad no tiene propietarios.
Aquí todo es de todos: las aceras,
los árboles del parque y las cantinas.
Entre todas las gentes compartimos
el sol y los impuestos,
el alcohol es barato, el agua viene
con mínimas bacterias,
los cánones de arriendo
no equivalen a más del sueldo mínimo
y, por si fuera poco, hay fe cristiana,
canciones para niños
y luz en la ciudad anochecida.

Por eso es que me indigno
cuando oigo hablar de bombas y guerrillas.
¿Se puede protestar contra un sistema
que nos deja ser libres,
desayunar a diario con el pan de los ángeles,
irse muriendo a plazos
y tener sitio propio en el infierno?

LA UNDÍVAGA

¿De quién es esa cabellera luminosa
que flota por los aires?

¿De quién es esa risa
que incita a la alegría?

¿De quién es ese canto
que pone trinos y trémolos
en mis oídos,
que me conmueve al fondo?

¿De quién es ese paso feliz y taconeado,
ese andar insinuante de venadita en celo,
ese cuerpo que vibra con el baile,
esa piel que se eriza
al roce de la mía?

¿De quién es esa voz clara y precisa,
esa dicción perfecta
con erres presuntuosas
y jotas elegantes?

¿Y de quién ese hablar inagotable,
esa lluvia de ideas,
ese perpetuo discurrir
acerca de la vida y de las gentes,
las luchas femeninas
y el peso patriarcal?

Pues todo eso es de ella,
la otrora presentida
y ya llegada,
la que va de mi mano,
la que respira junto a mí,
la Undívaga.

¿POR QUÉ TARDASTE TANTO?

¿Dónde andabas entonces,
cuando yo tropezaba,
cuando me zarandeaba la existencia?

Si admitiera la idea del destino,
diría que ya estaba prefijado
que así debía ser, que tú tenías
que encontrarme a la luz de las antorchas,
en medio de la lucha
y que mi agitación sería tu paz
y tu vibrante animación mi calma.

Y aquí estamos amor, tras tantos años
y tantas soledades y naufragios,
mutuamente encontrados y, al fin, juntos.

GRACIAS, AMADA MÍA

Cuando nos conocimos
ya éramos dos sobrevivientes.

Veníamos de luchas,
de naufragios,
de incendios
aún humeantes.

Detrás de nuestros pasos
habían quedado lágrimas,
angustias,
cadáveres tempranos,
y aún cargábamos
heridas no cerradas todavía.

Pero estábamos vivos y buscábamos
algún nuevo horizonte
la luz de otras auroras aún no conocidas,
un remanso de paz para los sueños.

Tú venías de una guerra
ya larga y ya perdida,
donde todas las furias y ruindades
se habían conjuntado
para llenar de tumbas
los tibios valles y los suaves montes.

Herida y desgarrada,
en medio de tropiezos y caídas,
habías alcanzado a retornar

a tu lejano origen,
donde –¡Cosa más triste!–
eras mirada como la extranjera,
la desconfiable, la dudosa,
la de temer o de tener cuidado.

Mi historia era otra, pero equivalente.
Era la oveja negra,
el eslabón perdido y no encontrado,
el militante crítico,
el inconforme con las directivas,
el que andaba en la búsqueda
de un partido sin dueños ni jefazos,
de un país sin telarañas oligárquicas,
de unas ideas sin moldura fija.

Y en busca de esa orilla
me había embarcado en locas aventuras
humanas y políticas
y había terminado revolcado,
embarrado y herido.
Tras esos pasos míos
sólo quedaban sombras
y los ojos curiosos de unos niños
que me miraban
entre tristes y absortos.

Ahí fue que nos juntamos.

Algunas gentes ensayaron
una cierta sonrisa.
dijeron que era una aventura más,
que aquello duraría tan solo unas semanas.

Otros, las gentes buenas,
nos veían con afecto, pero dudaban,
temían, desconfiaban
del resultado final.

Los dos sabíamos que esa pareja nuestra
era el remanso de amor que requeríamos
para seguir viviendo,
para cuidar los hijos compartidos,
y cuidar el jardín de nuestros sueños.
Y así fue que vivimos desde entonces.

Son muchos años ya de todo aquello.
El amor persistió y pervivió
pese a los agoreros,
los desconfiados,
los enemigos de la dicha ajena.

Los hijos y los nietos se volvieron comunes
y hallaron paz y afecto bajo de nuestro alero,
que se volvió refugio para amigos,
depósito de libros y de músicas,
espacio fértil para la escritura.

Gracias, amada mía, por tantos años gratos,
por tantos días felices,
por tantas horas de solaz y afecto.
Gracias por restañarme las heridas,
por aliviarme culpas y fracasos,
por apoyar mis sueños pertinaces,
por comprender mis inconstancias,
por disculpar mis yerros.

Gracias por ser como eres.

ELEMENTOS

Para Jenny

I

Estoy casado con el agua.

Ella corre mansa por mi suelo
moja mis pies
me habita suavemente
me fecunda desde el Norte hasta el Sur
pone flores azules y amarillas
donde antes hubo cardos
y cactos de secano.

Yo gozo su presencia sutil
su transparencia
su fresca liviandad sobre mi piel
su leve discurrir que me erotiza.

Pero a veces se agita
se arremolina sobre mí
me baña con espumas
antes de regresar
a su calma habitual
que fluye entre murmullos.

II

Me casé con el viento.

Me atrajo su agitación constante
su levedad de paso
la altura insospechada de su vuelo.
Me cautivó su ansia de libertad
que se alza sobre muros y fronteras
que no respeta abismos
que sube hasta las cimas
y baja luego a recorrer los llanos
para agitar los árboles
o jugar con los niños y los viejos
elevando cometas
derribando sombreros
revolviendo vestidos y peinados.

Pero no imaginé nunca
el poder de su furia
que me golpea con ráfagas
me envuelve con tornados
me tira al suelo con sus ventarrones.
Por fortuna
las suyas son agitaciones
que rasgan y confunden
tan solo por momentos.
Luego torna a envolverme
con su brisa
y me lleva a pasear
entre las nubes.

III

Formé pareja con el fuego.

Yo venía de inviernos
soledades
ausencias
y quise aposentarme
tener un hogar cálido
un lecho tibio
una pequeña hoguera
donde cocer mis frutos.

Encontré todo eso
pero no imaginé
el fragor de sus ascuas
la altura de sus lenguas
el furor envolvente de sus llamas.

Desde entonces
vivo en perpetuo incendio
quemándome por dentro
encendido de amor
e iluminado.

IV

Contraje matrimonio con la tierra.

Hasta entonces yo era
una semilla al vuelo
de esas que tienen un crespón de seda
y se van con el viento a dondequiera.

Iba sin rumbo fijo
volando de hoja en hoja
hasta que fui tocado
por la lluvia de marzo
que me bajó hasta el suelo
me puso a germinar
me dio raíces.
Y ahí estaba ella
abriéndome su cuerpo
brindándome sus jugos
haciéndome crecer con sus esencias.

¿Cómo no iba a quererla?

Desde entonces yo vivo
con ella
dentro de ella
sostenido por ella
alimentado por mi amada tierra
floreciendo unas épocas
y fruteciendo en otras
convertido en feliz
hotel de pájaros.

EQUÍVOCOS

Para mirar el mundo
debes salir a la pradera,
bajar a los abismos,
explorar grutas y senderos ocultos,
acostarte bajo los árboles,
sentir gotas de lluvia empapando tus sienes
o ráfagas de viento agitando tu pelo.

Te equivocas
si anhelas conocer el mundo
desde la comodidad de tu ventana.

Todo cristal distorsiona la realidad
y anula tus demás sentidos,
te impide tocar la rugosidad
de los sarmientos,
oler el vaho de la tierra húmeda,
oír los murmullos del bosque,
gozar con la diversidad de los trinos,
saborear la acidez de las moras silvestres.

Para conocer a las gentes
no sirven las pantallas
ni las imágenes prefabricadas.

El cine inventa fábulas
o describe sueños ajenos.
La fotografía eterniza instantes
irrepetibles
y la televisión exhibe disparates.

Para no equivocarte con el hombre
o, peor aún, con la mujer,
debes ir a ellos
con la cautela del puma
y la gracia del ave,
observarlos en la tristeza y la alegría,
medir sus impulsos,
valorar sus juicios,
mirar al fondo de sus ojos
y olfatear su piel.

Solo entonces podrás lanzarte
a bucear en el abismo
de su intimidad
y a palpar el fuego
de su alma desnuda.

Solo entonces podrás jugarte
la vida que te queda
en la ruleta insondable
del amor
o de la amistad.

MAIZALES VERDES

Esos maizales de mi tierra amada,
lujuriosos y pródigos,
verdes como el espíritu del Ande,
jardín coral de abejas y de pájaros,
escondite feliz de enamorados.

Su savia tiene el dulce jarabe de la vida
en un amanecer de primavera.
Y, cuando uno muerde
esa jugosa caña azucarada,
sabe que está bebiendo el vino matinal,
la miel originaria de la tierra.

Por eso los muchachos las chupan lentamente
para que no termine ese sorbo de encanto,
tan solo comparable a las mieles de un beso
paladeado sin prisa,
a ocultas de las gentes,
bajo la clorifila florida de un maizal.

DULCE PATRIA

Dulce patria de néctares secretos,
de voces tiernas y murmullos leves,
de mil diminutivos cautivantes.

Suave patria de verdes siderales
y azules infinitos,
de tardes lentas y arreboles de oro.

Tierra de montes túrgidos
y valles apacibles,
de volcanes ardientes
y terremotos fieros,
de paz y agitación,
de calma y vida.

Patria abierta al cansado,
al perseguido,
al ansioso de paz
o luz o calma.

Hay quienes te desprecian,
reniegan de tu sino y de tu nombre
o te ven como tierra de conquista,
como suelo baldío
en donde aposentar sus ambiciones.

Yo te amo desde el fondo
de todas mis entrañas,
y gozo con tus gozos
y sufro con tus penas.

Te vivo cada día con los ojos,
las manos, los recuerdos.
Te bebo largamente en mis silencios,
como una copa interminable.
Te amo en tu música inefable.
Te amo en tus letras infinitas.

Pero te amo más cuando estoy lejos
y añoro tus montañas encantadas,
tus gentes buenas,
tus voces suaves y diminutivas,
tu lujuria frutal
y tu esplendor floral.
¡Ah! Y tus mujeres cálidas y fuertes,
volcánicas a veces,
apasionadas siempre.

Patria buena, que regalas tus frutos
a cualquiera que plante una semilla
o cante una canción
o escriba unas palabras.

Patria amada, que me pueblas la sangre
de ilusiones,
de impulsos,
de recuerdos,
aquí te dejo, ahora,
mi confesión de amor.

DESTINO

No hay más destino que éste
que conoces.

Digan lo que digan los profetas,
los milagreros
o los chamanes,
los sacerdotes de Amon
o las pitonisas griegas.

Así lo anuncien las viejas
y nuevas escrituras.
Así se halle escrito en los vedas
o en las tablas de la ley,
no hay otro futuro que el del tiempo,
ese que corre en el reloj
de tus células
y se materializa en tus años.

No hay más destino que éste
que levantas con esfuerzo de titán
o que miras correr con dejadez de fauno.

Pero tampoco hay un destino único.

Si te lanzas al bravío
torrente de la vida
pasarás por prados verdes
y luminosos,
por remansos apacibles,
por orillas con cañaverales

y lechos pedregosos,
por fieros encañonados
llenos de espuma y furia,
por tierras salinas
y sitios infelices,
pero en todos ellos sentirás las agitaciones
y convulsiones de la vida,
medirás la dimensión de tu fuerza,
probarás el sabor de tu propia sangre
encabritada.

En cambio, si te quedas
mansamente
sentado a la orilla,
no tendrás más vida que la que robes
a la palabra de otros
o a la escritura ajena,
o que copies de falsas imágenes
o que te suba como vaho añejo
desde las páginas de un libro.

Nunca probarás
el salvaje sabor de la sangre viva
o el dulce gusto de unos pezones
enhiestos de placer.
Nunca te conmocionarás
por unas nalgas túrgidas,
por un susurro entre las sábanas,
por un orgasmo salvaje.
Nunca saborearás el gozoso
plato frío de la venganza.
Sobre todo,
nunca sabrás lo que pudiste hacer.

Destino. Futuro.
Palabras insondables,
pero que retan a nuestro espíritu
con sus luces tornasoladas.

No hay otro destino que el que has vivido
y no hay más futuro cierto
que la esperada muerte
y el apacible olvido.

FANTASMAS

Voy desde mis fantasmas y hacia ellos
y en cierto modo creo
que en ello se resume mi existencia.

Son mis antiguos sueños
convertidos en miedos,
en agustias,
en monstruos.

Parece que es la norma de la vida.
La belleza se afea y se trueca en arruga,
en corcova, en calvicie o en renqueo.

La alegría de otrora
se devalúa tristemente en pena
o al menos en nostalgia.

La pasión se termina o agota lentamente,
se disuelve en recuerdo o en hastío.

La mirada que enciende los sentidos,
que agita impulsos y acelera pasos,
que transmite mensajes sin palabras,
se triza o se confunde
cuando los cristalinos se deforman,
la nube de los años pone sombras
en el ojo despierto
o se instala una lágrima
en la pobre pupila atardecida.

Así mismo los sueños se desvelan,
se tuercen, se desbocan
o su fiera bandada se disuelve
en vuelos sueltos, ya sin horizonte,
sin árbol que los guarde,
sin estratos o nimbus
que pongan marco a sus evoluciones.

A veces, ya caídos, ya sin alas,
los sueños se parecen a murciélagos
que dormitan inmóviles.

INSOMNIOS

De repente, en la madrugada,
se me abren las puertas del ayer,
mas nunca sé lo que voy a encontrar
del otro lado.

A veces me hallo con mi infancia feliz,
asistiendo a mi padre en su tarea de panadero
y gozando el olor del pan caliente,
o moliendo café en la gran máquina roja
de mis tías,
o tomando un agua aromática
en compañía de mi abuelo Juan.

A veces aterrizo en mi infancia triste,
viviendo solo en la ciudad desconocida,
lejos de mis querencias,
sacando a vagar por las calles
mis ojos curiosos de diez años,
leyendo cosas que no entiendo bien
porque mi alma está rota.

También paso y repaso por mi adolescencia
o por mi vida adulta.
Vuelvo a vibrar con los amores de antes,
río de buena gana junto a mis amigos
en los bares de la estación ferroviaria
de Ambato.
Marcho de juerga con mis panas
de la Residencia Universitaria.

Canto y bebo en medio de esa edad feliz
o recito poesías en los inolvidables
"Jueves de don César".

Una madrugada volví a volar a México
en busca de mis sueños,
volví a conversar con Arturo Roig
en ese largo viaje al norte
y pude reconstruir las claves
de esa conversación olvidada.
Luego subí, otra vez, los doscientos escalones
hacia el Castillo de Chapultepec.
Volví a laborar en mi celda–oficina
del Convento de El Carmen.
Volví a los libros, documentos,
museos y paisajes de ese país amado.

Pero a veces me hallo en ciudades insólitas,
junto a gentes extrañas,
hablando voces desconocidas.
Y entonces ya no sé si la puerta del tiempo
se abrió hacia atrás o hacia delante,
o si tuve una vida anterior a ésta,
que se muestra alguna vez
en el recuerdo,
o si soy víctima
de las crueldades del olvido
y los arrebatos de la demencia.

HERMANO

No te esperé ni te escogí,
pero tú fuiste mi primer regalo.
Regalo de la vida generosa,
que me trajo un ser íntimo,
más que un amigo fiel,
casi como otro yo, pero más chico,
un compañero para juegos,
un socio de aventuras,
al que tenía que cuidar, decían,
pero que era rebelde, que peleaba
por tener lugar propio,
identidad particular, precisa,
espacio independiente.

Lo peor era el asunto de la ropa,
porque entonces, y ahora,
los padres les asignan a los chicos
la ropa ya pequeña de los hijos mayores,
pero ese asunto, propio de las familias pobres,
fastidia a aquellos,
que quieren estrenarse ropa nueva.

Pero, por sobre aquellas tonterías,
siempre primaron el afecto tierno
y los cuidados mutuos.

Y luego, ya más grandes,
fuimos los compañeros de internado
del lejano colegio,
los socios de sonadas aventuras

por esa misteriosa geografía
de nuestra tierra tropandina.

Más tarde, como jóvenes,
vivimos lejanías y distancias,
pero al final volvimos a juntarnos,
a compartir ideas y lecturas,
filiaciones políticas y paralelas búsquedas
de amores y amistades.

¡Cuántas tristezas y pobrezas nuestras
de aquellos duros tiempos!
¡Y cuántas emociones y alegrías
compartidas entonces,
a pulmón lleno, a ritmo entusiasmado!
No olvido nada de eso.
Nuestros recuerdos mutuos
son un tesoro incalculable,
un fondo de palabras y de sueños
que envolvió nuestras vidas,
un lazo que nos ata más allá de los años.

Hermano mío, mi gemelo humano,
mi otro corazón y mi respaldo,
recíbeme este abrazo inagotable,
esta declaración de puro afecto,
estas palabras simples y entrañables.

HIJO MÍO LEJANO

Te vi llegar como si fueras
la estrella del amanecer.

Eras del fruto del amor sufrido,
ese que otros quisieron destruir
pero que se impuso con la fuerza
de un vendaval.

Por eso fuiste mi conquista,
la reivindicación de aquel amor
florecido pese a la dureza del ambiente.

¡Y cómo eras de alegre, de festivo y de
tierno!

Cada paso, cada gesto, cada beso tuyo
sabían a pura gloria.

Cuando tú sonreías se iluminaba el mundo
aunque no hubiera sol.

Pero toda esa magia terminó cierto día,
cuando tus padres, esos pobres jóvenes,
fracasamos en nuestra fuga a otro continente.

Luego vinieron años de tristeza,
de duro alejamiento,
hasta que tú y yo rompimos
el muro de distancia
y reencontramos nuestro afecto.

Ahora eres el hombre fuerte
y triunfador que admiro,
el que se levantó sobre sus soledades
y construyó su propio espacio de solaz
y fuerza.

No alcanzo siquiera a imaginar
las soledades que viviste,
las preguntas sin respuesta que te acosaron,
el peso angustiante de las dudas
que habrán caído
sobre tu joven corazón.

Te pido perdón por todo ello,
si es que hay perdón posible
para culpas de amor,
sueños frustrados
y tristes fracasos humanos.

Acá, desde la distancia,
bebiendo una copa de nostalgia,
me acuerdo de tu infancia lejana
y brindo por el ser que eres,
el que construiste
elevándote sobre un duro pasado.

Y te envío un gran beso,
orgulloso de ti
pero secretamente avergonzado.

MI PEQUEÑO

Él tenía unos tres años
e iba de un lado a otro
anunciando periódicos,
como lo había visto hacer
a un niño de la calle.

De pronto me miró, me sonrió
y me ofreció un pan con miel
que llevaba en su mano.

Bastó ese gesto
para que me prendara de aquel niño
y, a poco, de su madre.

Y fue así como me gané un hijo.
El más cuidadoso y atento.
El que sigue mis pasos
y evita mis caídas.
El que se abate con mis pesares
y vuela con mis alegrías.
El que ve por mis ojos.

Gracias te doy, amado hijo,
por haberme escogido
aquella tarde
en que anunciabas
tus periódicos.

MI PEQUEÑA

Cuando te veo, mi pequeña,
cuando te vuelvo a ver tras las ausencias,
me pregunto a mí mismo
cuántos hombres caben dentro
de un mismo cuerpo,
cuánta memoria puede acumular una sola alma,
cuántas vidas pueden vivirse a la vez,
una sobre otra
o casi paralelamente.

Y es que te miro, te hablo, te escucho
y vuelvo a ser aquel joven que te llevaba de la mano
por el parque florido,
aquel que corría detrás de tus risas,
que vibraba con cada palabra tuya,
con cada gesto nuevo,
con cada pequeña sorpresa infantil.

Pero soy, al mismo tiempo, el hombre de hoy,
el que te admira,
el que se sorprende al ver la bella forma
en que has construido tu propia existencia,
el que sonríe por dentro
al verte dueña de ti misma
y orientadora de nuevas vidas jóvenes,
el que se congratula con tu felicidad.

Y vivo todo ello, todas esas superpuestas
y contenidas emociones,
sin dejar de ser el solitario,

el triste, el lejano,
el desolado y confundido padre
que se alejó de sus hijos
en un recodo del camino
y que hoy los busca, ansioso, en la memoria,
en los sueños vividos y pasados,
o en una
inevitablemente
corta
conversación
distante,
de
línea
telefónica.

Pero no estoy aquí para beber
dolores antiguos
o llorar penas viejas,
que a veces duelen como nuevas.
No vine para ello desde el lejano Sur,
donde los volcanes incendian el cielo,
sino para gozar contigo
de estos días de amor
y de palabras redivivas,
junto a los nuevos seres que animan nuestras vidas.

Te veo moviéndote como una abeja
que va de flor en flor,
poniendo en cada sitio una brizna de amor
o de cuidado,
regalando sonrisas a las gentes
y usando las palabras para mover conciencias,
levantar ánimos,

promover buenas causas,
pintar la vida con tu color y estilo.

No deja de sorprenderme la fuerza que hay en ti
para enfrentar los retos de la vida
y, al mismo tiempo,
esa tranquila pasión que pones en tus cosas,
en tus emprendimientos,
en tus sueños.

Me digo entonces que valió la pena
el dolor de tu ausencia,
la angustia de tu lejanía,
la tristeza infinita de mis días
huérfanos de tu afecto.

Verte dueña de ti,
señora de tu mundo,
emperadora de tu destino,
vale más que cualquier nostalgia,
cualquier lágrima escondida,
cualquier recuerdo triste
de este viejo
que vive anclado en sus recuerdos.

Soy el que soy,
el que fui junto a ti
y el que no conociste,
el que anduvo rodando por el mundo,
en medio de combates y de pájaros.
Pero ahora y aquí,
rodeado de los que amo,
he vuelto a ser aquel que bebía los vientos
que movían tu pelo,

aquel que te cantaba por las noches,
aquel que tú recuerdas en las conversaciones.

Como siempre, estos días
me encuentro con aquel y lo saludo,
le digo buenos días,
le pregunto por sueños de aquel tiempo.
Y él, que es mi buen amigo,
me habla de mi pasado y me pregunta
sobre los nuevos tiempos
aquellos que él no pudo conocer,
los tiempos de la ausencia.
Luego se juntan mis dos yos,
se animan mutuamente,
se dicen que la vida,
que el destino,
que las trampas del tiempo,
y al fin se reconocen
mutuamente
y se perdonan.

Y así, reconfortado,
mi pequeña,
vuelvo a mi tierra altiva,
a mis volcanes encendidos,
a mi verde ecuatorial,
sabiendo que en el arbolado norte,
en la Ciudad del Agua
o junto a tu cabaña del lago Owen
hay una sangre mía que bulle desde ti,
se multiplica en voces,
florece en risas y palabras
y construye su propia catedral de ilusiones.

LAS PALABRAS

Mi madre me enseñó que las palabras
servían para cosas sorprendentes.
Podían ser usadas como salutación,
como homenaje, como flor de regalo
o como arma para causar heridas.

Saluda a los mayores con respeto,
no importa quienes sean, me decía.
Y vale un buenos días
un hola, un hasta luego
o quizá simplemente sonreír,
inclinar la cabeza,
extender una mano.

Busca hablar con cuidado
para no herir ni fastidiar a nadie,
aconsejaba ella;
pero nunca te calles
cuando has de defender tus opiniones,
aclarar la verdad o recabar derechos.

Y habla con respeto a los mayores,
con bondad a los niños,
con dignidad a las autoridades,
con tino a los extraños,
con afecto a los propios.

Afuera, ya en la calle, aprendí otras palabras,
peleonas, corajudas, ofensivas,
dichas para enfrentar a los rivales,

para alzar la cabeza ante los bravos,
para abrirnos camino entre las zarzas.

Más tarde, mis maestros me inculcaron
muchas otras palabras,
que fueron activando mis sensores,
encendiendo con luces de colores
mis paisajes internos,
abriendo nuevas rutas en mi espíritu joven,
insuflándome sueños y esperanzas.

Y en la Escuela Normal nos enseñaron
a utilizar ideas y palabras
para abrir los cerebros de los niños,
para orientar sus vidas
a los andariveles del futuro.

Fue así que las palabras
se fueron convirtiendo en mi alimento,
mi lazo vinculante con el mundo,
mi oficio cotidiano y mi refugio.
Decirlas, pronunciarlas, invocarlas,
fue mi tarea diaria y escribirlas,
mi vocación nocturna,
mi pasión idiomática.

Así fue construyéndose en mi mente
toda una selva de vocablos nuevos,
con troncos sustantivos y lianas adjetivas,
con marañas verbales,
con hijuelos agudos y otros graves o esdrújulos,
con engañosas flores homógrafas u homófonas,
y hasta con sorprendentes hierbas léxicas.

Navegando en palabras llegué hasta mis orígenes,
ya que esas voces viejas y anticuadas,
esos ripios lingüísticos que se usan en mi tierra,
resultaron glosario de una lengua perdida:
el amable ladino de los sefaraditas.

En fin, para ir cerrando,
mi vida fue una guerra de palabras
y páginas al vuelo:
vocablos disparados a toda hora,
lecciones como bombas,
infinitos artículos con ansia de combate,
y también muchos libros escritos como pólvora
para encender ideas o reventar estruendos.

Resumiendo,
viví con las palabras,
viví de las palabras,
viví por las palabras.
Sobre todo,
combatí con palabras.

POEMAS DEL OTOÑO

CON LA MEMORIA A CUESTAS

Llevo conmigo una memoria a cuestas.
Es como una parásita que vive de mis días,
de mis reminiscencias y vestigios,
de mis horas antiguas.
Pero yo he recibido buenamente
su forzoso convivio, su presencia
intempestiva y hasta inoportuna,
sus conmemoraciones y delirios.

A veces la convoco para cruzar recuerdos,
pero ella se me esconde,
se niega a mis llamados,
se hace la sorda a mis requerimientos.

Otras veces se pone insoportable,
pues me despierta en plena madrugada
y me llena de imágenes tardías,
de recuerdos insólitos,
de secretas vergüenzas que quisiera olvidar.

Pero ella es así. Juega conmigo
como si fuéramos dos niños locos,
que se lanzan palabras por pelotas
y que airean recuerdos y cometas.

A veces anda luminosa y vibra
como una hoja de música.
Entonces me regala remembranzas felices,
mañanas tempraneras, días de fiesta,
confidencias llegadas entre sábanas,
paisajes encantados y sabores perfectos.

¿Qué puedo hacer con ella? Es una ninfa loca
que vuela de horizonte en horizonte,
que goza como nube en primavera,
yendo de un lado a otro.

Cuando menos lo espero, a cualquier hora,
se presenta de urgencia,
anuncia que me trae un nuevo hallazgo,
una caricia que quedó enredada
en un jardín ajeno
o una fotografía iluminada
con los colores del amor temprano.

De repente se asoma, cabizbaja,
con una carga de dolores viejos,
de músicas que duelen como garfios,
de imágenes antiguas
que quisiera enterrarlas para siempre.
Pero ella los revive y las conserva,
dice que es su tarea pesarosa,
su rol de siempreviva y siemprealerta.

Después de algunos años, recordando
viejos usos del trueque, familiares,
he acordado con ella un contubernio,
un plan de connivencia:
que sus regalos traigan
una mixtura de solaz y hastío,
de festejo y dolencia, guerra y calma.

Y, así, un día u otro se presenta
con su carga bucólica de flores y de pájaros,
que recibo feliz y sonreído,

o su carga ilustrada de poemas y libros,
que aprecio y que valoro emocionado,
o su pesada carga de dolencias,
las que expurgo en el acto
para evitar doblajes y porfías.

Y en esas ando, repasando auroras,
redescubriendo inviernos ya lejanos,
regresando a las eras
a jugar con la paja veraniega,
volviendo a caminar por las cornisas,
saboreando las letras de otro tiempo,
tocándome las viejas cicatrices,
bebiendo cada tarde la copa última.

¿DÓNDE QUEDÓ ESE NIÑO?

¿Dónde quedó ese niño que inquiría
sobre las tempestades y las calmas,
que contaba sus charlas con el abuelo muerto
y que comía pétalos de flores?

¿Dónde quedaron esas tardes mágicas
de jugar con amigos en la plaza
y esas citas nocturnas
para escuchar los cuentos de don Goyo?

¿En qué lugar pervive todavía
el buen Ramón, aquel muchacho tímido
que trabajaba en casa de mis padres
y que era nuestro amigo y nuestro guía?

¿Y qué será de Lida,
la siempre cariñosa cocinera,
que nos mataba el hambre
y nos quería como madre propia?

¿En dónde están dormidos
los dulces ojos claros del abuelo Mauricio?

¿A quién le hablará ahora, sobre campos y leyes,
mi sabio abuelo don Juanito Sánchez?

¿Cómo volver a oír los bellos cantos
de Amada y de Raquel
y la voz triste de abuelita Celia?

¿Qué cachivaches embrujados, mágicos,
poblarán el oscuro soberado
de mi casa de entonces?

¿En qué iglesia del tiempo o del espacio
estará el tío Deifilio
pintando santos y esbozando auroras?

¿Cuándo jugará Vasco a la ruleta
para ganar de nuevo
el barquito de suave caramelo?

Todo eso quedó atrás, en el pasado,
pero pervive, alegre, en mi memoria,
que lo rescata de un oscuro olvido.

Adiós niño que fui, niños que fuimos.
Adiós recuerdos bellos y volátiles.
Adiós tiempo pasado y aún presente.

En este viejo de memoria umbría
hay un niño que juega todavía.

EXTRAÑO MIS MONTAÑAS

Yo nací entre montañas,
altos senos telúricos alzados hacia el cielo,
colinas de verdor inagotable,
quebradas rumorosas donde el agua cantaba
sus antiguas tonadas.
Tierra de invierno duro,
de lluvia intensa y niebla algodonada,
de verde inaugural y caminos lodosos,
tiempo para pensar,
para hablar del pasado y el futuro
junto al fogón caliente.

Luego, la bella y breve primavera andina
con su cesto de flores y frutos tempraneros.
Acá las calabazas,
con su tierno interior de esponja acuática,
lista para mezclarse con el queso y las papas
en el locro de zambo.
Y más allá los choclos,
envueltos en su cápsula secreta
y esperando el ritual de su ofertorio,
junto a las habas tiernas,
las achogchas, los nabos.

Y al fin, allá por julio,
ese verano fuerte,
de sol ardiente y cielo iluminado.

¡Ah!, ese cielo andino
profundo y transparente,

que es más azul que todos los azules
y que allá, en la distancia,
se aduerme en el azul de las montañas.

Me embriagaban las luces, los ruidos
y los colores claros del verano.
Gustaba de sentarme en la colina
a ver pasar el viento
formando olas doradas sobre las sementeras,
o las bandas de loros llegados de la costa
a degustar los frutos de la sierra.

Luego, ya entrado agosto,
arribaban los vientos,
meteoros fuertes, secos,
que azotaban los campos,
silbaban por las noches en techos y ventanas,
agitando cabellos, encendiendo los ánimos
y llenando los cielos de alocadas cometas.

Yo crecí entre montañas tutelares,
cerros enverdecidos, lomas plácidas,
quebradas misteriosas.

Desde mi Chapacoto, allá, en el Este,
la alta Cordillera Occidental,
larga mole azulada
de entre la que se eleva, con imperial figura,
el bello y platinado Chimborazo.

Acá, por el Sur próximo,
tras el quiebre del Huayco,
el Chaupi–Urco, cerro prodigioso,

abierto como un manto de colores
sobre un suave declive de sementeras y árboles.

Y por atrás, al Norte,
las colinas y cerros del alto Tillirungo,
y el volcancito de Machay,
humeando alguna vez, para el recuerdo.

Un poco más abajo, al Occidente,
altos espejos de agua en Cochabamba,
donde acuden las nubes
a retocar su imagen transitoria.

Al caminar por Chimbo,
lo haces bajo las sombras tutelares
de los cerros Susanga y Catequilla
y en San Miguel discurres
bajo las verdes lomas de Tumbuco y Piscurco.

En Guaranda te guardan siete colinas próximas
y la alta cordillera que reluce tras ellas,
donde se alzan los altos ventisqueros
de Gallorumi y Catanaguan.

Bajo la cordillera, Tomabela,
con su altozano mágico
y el pueblo de Salinas
al pie de farallones argentados.

¡Oh!, paraíso plácido,
agreste y reposado,
afable y manso,
del que me marché un día

por hallarte
demasiado bucólico
para mi ansia de vida
y las agitaciones de mi sangre.

Me fui de ti, mas vivo en añoranza
de tus amaneceres luminosos,
tus montañas fecundas
y tu vuelo de pájaros.
Extraño tus decires comarcanos,
tus gentes bondadosas y serenas,
tu vida sosegada.

Y hoy, desde la ciudad en la que habito,
te confieso mis ganas de volver a tu suelo,
de correr otra vez por tus caminos,
de bañarme en el agua de tus ríos,
de mirarme en la paz de tus lagunas,
de acostarme en tu hierba
a ver pasar las nubes.

SABORES Y COLORES DE MI TIERRA

Nuestra tierra nos marca con emblemas
secretos e imborrables,
con símbolos y signos que precisan
el sentido de nuestra pertenencia.

Nos afilia a una luz, a unos celajes
que se vuelven icónicos,
a unos amaneceres de aire tenue,
de suave luz de azul y de turquesa,
que pronto se convierten
en oro puro cuando el sol relumbra,
y que, a la tarde, sobre las montañas
perfiladas en negro,
se vuelve una mixtura de colores
que se derraman sobre el horizonte.

Nos insufla de cantos pajareros
de mirlo negro y de chirote rojo,
de choropindio grácil y amarillo,
de tórtola y de búho,
y a veces de graznidos de los loros salvajes
que llegan puntualmente
tras de su cuota de maíz andino.

Nos vuelve cotidianos los sabores
del pumín oloroso, de la menta,
de la borraja y de la pomarrosa.
Y eso para no hablar de los potajes
de la madre y la abuela:
de los chigüiles y las choclotandas,

la sopa de lentejas con chorizo,
la torta de maduro,
la conserva de zambo,
el pan de horno de leña, el cuy asado,
las empanadas de carnal molienda
con su condumio dulce
o los emborrajados de patita.

Nos enseña las formas, los colores
y nombres de los árboles y arbustos.
Pregunta siempre el nombre de las plantas,
me instruía mi padre,
y preguntando conocí unos tantos:
arrayán, cascarilla, romerillo,
copalillo, cholán, laurel, zapote,
capulí, baba, colorado, cedro,
motilón, cashca, guadua y amarillo,
matapalo, guarumo, azán y caucho,
lechero y molle, almendro y jacaranda,
guaba y guayaba, palma y algarrobo,
guarguar y guanto, ceibo y pumamaqui,
nogal, pambil, guarango, aliso, sande.

¡Ah!, tierra encantadora
que nos envuelves con tus hilos de oro,
con tus aromas, con tus opulentas
montañas verdes y quebradas mágicas,
donde el helecho canta con el agua,
donde el musgo se asoma, suave y tímido,
para mirar al sol, donde la orquídea
se llama maigua y guarda sus perfumes
para tentar al ave y al insecto,
donde la poma baja desde el aire

para brindar bocados con perfume,
donde el grande zapote nos convoca
a trepar por sus ramas
y la guaba nos brinda, en algodones,
su dulce azúcar plácida.

Estoy marcado con tus bellos símbolos
que dicen que soy hijo de tu suelo,
insecto enamorado de tu polen,
ave de tus registros cantarinos.

ECUADOR, TIERRA PRÓDIGA

Yo, que anduve por allende y por aquende,
me quedé finalmente en este valle
de la tierra del sol, esta hondada
rodeada de montañas gigantescas
y de nieves y nubes.

Aquí se unen las tierras de los polos,
las calmas y las furias del hemisferio norte
con las del sur, que llegan con los Andes
y con su regimiento de montañas.
Pero viven en paz. Sobre estos valles
se alzan nevados que derraman aguas
frescas y limpias
para solaz de gentes y de pájaros,
en tanto el sol regala sus bondades
a cuantas criaturas aparezcan.

Empero, allá en los cielos,
hay guerra cotidiana entre los vientos,
que llegan impetuosos desde el sur
y también desde el norte,
buscando sostener con su presencia
un dominio constante
sobre nubes y pájaros.
Llegan los unos con calores rojos
y traen un verano de horas cortas,
que dura poco, porque irrumpen pronto
los azulosos fríos de otro rumbo.
Y así un día y otro, en mezcla interminable,
o en sucesión continua,

de inviernillos acuosos y veranillos secos
en tierra ecuatorial.

También hay una guerra en el océano.
Escuadrones de peces y cetáceos
que vienen de la Antártida,
compiten por la flora y por la fauna
de las aguas del trópico,
en tanto las corrientes se disputan
el reino de los mares
y suaves ondas llegan a las playas.

Curioso país éste que escogí como suelo
para vivir y amar:
guerra en los cielos y en las grandes aguas,
paz en la tierra y en los corazones.
Isla de paz le dicen.
Pero es paz con afanes y combates,
con frentes fríos y con ondas cálidas,
batallones de nubes que se enfilan
hacia los cielos límpidos,
ventarrones que llegan y las soplan
fuera de estos dominios,
ballenas que se asoman a las playas
y retozan traviesas,
cardúmenes de atún que se pasean
en busca de su plancton,
miríadas de peces que bucean y brincan,
gaviotas y pelícanos que van tras su alimento,
pescadores que lanzan sus trasmallos
o recogen sus redes.

Mi Ecuador, tierra pródiga,
bello país para cuidar las flores,
lindo país para criar los hijos,
patria digna de amarla y de vivirla.

PARA ENFRENTAR LA MUERTE

Dos cosas marcan nuestran vida cierta,
decía el arcipreste:
buscar la mantenencia cotidiana
y juntarse con fembra placentera.

Hallo que hay otra cosa
que está detrás de todo,
aunque nadie hable de ella
para no convocarla abiertamente,
por no ofender la casa del ahorcado,
por no reconocer su propio miedo.

Y es que tantos esfuerzos con la vida,
tanto fulgor de ideas,
tantas palabras dichas o frases manuscritas,
y tantos monumentos,
tantas obras del plácido intelecto,
tanta vitalidad enloquecida
(amores, viajes, sueños)
no son sino convivios,
formas de resistencia,
deseos de frenar el círculo del tiempo,
o acercamientos tibios a la cruda verdad,
sonrisas de ocasión
ante la podadora que se acerca,
ganas de subsisir ante el naufragio
próximo, inevitable,
de nuestros pobres días.

A ratos pienso
que todo ese frenético empeño de existir y persistir,

de pervivir en otros, por medio de los genes
o mediante los ínclitos juegos de la memoria,
de dejar una huella en el camino
que anduvimos un día,
de marcar en las piedras y los muros,
o en los papeles y fotografías
nuestra fugaz presencia,
no es más que el simple miedo al infinito,
la dura resistencia que ofrecemos
al paso de los años,
las cosas que inventamos para enfrentar la cita
con la puntual señora
–silenciosa, insondable, inevitable –
a la que llaman muerte.

¡Pero qué brava lucha de las gentes!
Cada quien con sus armas,
con sus propios escudos de defensa,
con sus palabras íntimas
o con sus reflexiones filosóficas,
con sus pequeñas tretas,
subterfugios,
rezos y trampantojos,
anhela exorcizar al infinito,
oponer sus razones contra las evidencias,
frenar la marcha de los calendarios,
ganarle tiempo al tiempo,
demorar aquel plazo ineluctable,
darle unos días más a su conciencia
y unos abrazos más a los afectos
antes de que se eclipse
su fugaz existencia bajo el sol.

Algunos quieren más. Les han contado
que puede hacerse un puente sobre el abra abismal
para cruzar en calma
por encima del foso de la muerte.
Y a ello se dedican
de modo regular y cotidiano,
subiendo inacabables escaleras de rezos,
levantando montañas de oraciones
tras el anhelo de cruzar el puente
y ser bienvenidos en el otro lado.

Que cada quien construya, como pueda,
su paso al infinito.

Yo continúo en mi ya antiguo empeño
de levantar un puente de palabras.

REMEMORANDO A MARK STRAND

Mi vejez es nada.
Mi calvicie, nada.
Mis signos de decrepitud, nada.

Soy el mismo pequeño
que mi madre cuidaba con amor.
El mismo que ella
llevaba de la mano
al ir a su trabajo
en la escuela de Achachi.

El mismo que, escuchándola,
aprendió a leer y escribir
y se enamoró
del sendero iluminado
de las letras.

El que ella amamantó,
curó de tos ferina,
protegió con sus manos
y luego preparó
para enfrentar la vida.

Ahora, en este día
en que ella se ha marchado,
de repente he dejado de ser
un hombre viejo y sólido,
curtido por los vientos y los soles.

Soy, otra vez,
un niño triste y asustado,
un pobre niño viejo
que queda en orfandad.

MADRE

Te recuerdo esta tarde, madre mía,
en paz y sin tristeza, con tranquila nostalgia,
y busco comprender lo que tú fuiste
en mi vida intranquila.

Tú eras la bienandanza organizada,
el paso firme y el futuro cierto.
Yo la malaventura de unos pasos
que buscaban caminos nuevos, propios.

Mas la vida es así. De cada madre
puede salir un hijo iconoclasta,
un buscador de amaneceres rojos,
un navegante de aguas intranquilas,
un inventor de imágenes,
un escritor de páginas al viento.

Y así fue que emprendí con mis erranzas,
con mis ansias oceánicas,
con mis exploraciones de la vida.
Trepé montañas, resbalé laderas,
dormí bajo los árboles,
bebí de arroyos frescos y de charcos turbios,
me rompí dientes y me herí las manos
por ir tras de horizontes
entrevistos en sueños.
Pero a cambio miré paisajes nuevos,
conocí gentes límpidas
que me insuflaron nuevas esperanzas,
aprendí nuevos cantos,

nuevas palabras y sonoridades,
renovadas maneras
de ver el mundo y encender el fuego
y más sutiles formas
de llegar al cerebro de las gentes.

¡Cuántos pasos ganados y perdidos!
¡Cuántas fulguraciones de la idea!
¡Cuántas simulaciones y apariencias!

Ahora, tantos años después de todo ello,
pienso en ti, doña Amada pensativa,
y me reprocho tanta lejanía.
Pero encuentro que me era indispensable
emprender esas rutas
para encontrarme, para descubrirme,
para medir el largo de mis pasos,
la altura de mi vuelo
y la profundidad de mis afanes.

Ahora, vuelto a ti, frente a tu imagen,
hallo que tú también lo comprendiste;
que, a pesar del dolor de mi distancia,
me dabas fuerza y me enviabas pájaros
con tiernos avigramas.

Ya todo quedó atrás. De esos afanes míos
solo queda un recuerdo entusiasmado,
unas notas de viaje y unos hijos
que tienen sangre de tu propia vena
y ojos con el fulgor de tu mirada.

Mas nunca quedó atrás tu imagen fuerte,
tu afecto tierno y tu palabra sabia.
A la hora de los trinos
eras la alondra de la madrugada.
A la hora de las nubes
eras la brisa que anunciaba lluvia.
A la hora del incendio
eras la mano que apagaba el fuego.

Ahora, ya sin ti, rememorándote,
me conmueve el recuerdo de tus manos
delgadas y sensibles,
hechas para el amor a los demás,
para tomar la tiza y escribir la pizarra,
para escribir con rectas, bellas letras,
o para acariciar cabezas de las niñas.

–Manos llenas de pecas,
como las del abuelo,
como las de los hijos.
Marcas de fábrica, podría decirse.–

Pocas veces he visto, como en ti,
tan grande y feliz culto a la memoria,
la propia y la de todos.
Eran poemas patrióticos y principios de vida,
cuentos y trabalenguas,
adivinanzas múltiples
hechas para educar entre juegos y risas.

Madre trabajadora y esforzada,
maestra reflexiva,
escritora galana,

guía exigente de los propios hijos,
amiga de la música,
desde esta tarde y junto a mis recuerdos
te reverencio con amor,
querida doña Amada.

NUNCA TE VAS DEL TODO

UNO

Cuando te fuiste ya, cuando tus pasos
tomaron otro rumbo
y tus ojos se abrieron al encuentro
de nuevos horizontes.

Cuando por voluntad propia
rompiste amarras y cortaste lazos
para lanzarte en pos del infinito.

Cuando, aparentemente,
nada trascendental te unía al mundo
ya vivido y gozado, ya sufrido,
y ansiabas la ocasión de un nuevo intento.

Cuando pensabas
que ya se te agotaron las palabras
que te unían a un sitio,
a unas gentes o sueños,
y no quedaba más que huida o fuga
para sobrevivir de alguna forma.

Cuando todo termina,
cuando cierras con mano temblorosa
la casa y el refugio que levantaste a pulso,
con esfuerzo terrible
y que otros despojaron y arruinaron.

Cuando ciegas ventanas y postigos,
apagas la luz última
y le dices adiós a tu pasado.

Cuando doblas
la página final de aquella historia
y la guardas y lacras
para enclaustrar sus últimos rezagos.

Ocurre que un buen día, ya futuro,
aposentado en otra geografía,
lejos de esas montañas azuladas
de la niñez feliz,
distante ya de las laderas verdes
en donde te acostabas a ver pasar las nubes,
rotas por mano propia las amarras
que te unían al ayer,
destrozadas que fueron las raíces
que tuviste en tal suelo,
perdida ya tu casa y arrancadas de cuajo
sus malas hierbas y sus lindas flores,
te levantas un día y sientes que te acosa la nostalgia,
y otro día madrugas a preguntarte, absorto,
si hiciste bien al irte, si quizá, si tal vez…

DOS

Otro día, otra tarde y otra noche
te encuentras saboreando
un amargor de boca que no es tuyo,
al menos no el de hoy,
la prisa de una sangre que parece

fuera la de otro tiempo,
mirando embelesado
una luz de luciérnagas del campo,
saboreando unos frutos de otro clima,
reviviendo unos sueños de otra edad.

Y descubres, entonces,
que eso que tú dejaste,
que abandonaste un día,
que enterraste tres metros bajo tierra,
pervive todavía en la memoria de otros,
en la ira o la furia
de los que te expulsaron del paraíso,
o en la tristeza larga de los que te quisieron
y te vieron partir hacia el vacío.

Lo que es peor, descubres
que todo eso pervive no tan solo en los otros,
sino también en un rincón oscuro
de tu casa feliz, contemporánea,
esperando una hora y circunstancia
para salir a luz,
para reconciliarte con el mundo
que abandonaste un día,
para ayudarte a recobrar
las flores y los frutos del pasado,
para sustituir el aparente olvido
por un recuerdo calmo y apacible.

Descubres, sorprendido,
que cuando vuelas, raudo, hacia otro mundo,
en pos de nuevos días y horizontes,
nunca te vas del todo

y que hay huellas de ti, jirones de tu piel,
retazos de tu voz y tus palabras
en esas viejas rutas que anduviste,
en esos pasos trágicos o tristes
que ensayaron tus pies,
en esos sitios donde pernoctaste,
en donde aposentaste tus afanes,
donde fuiste feliz y desgraciado.

TRES

Al fin, un día mágico, descubres
que hay quienes te recuerdan y te añoran,
que siguieron tus huellas,
emprendieron su ruta
en pos de aquel que fuiste y ya no eres,
de aquel que amó y fue amado,
de aquel que ahora detectas
es el mismo de ayer, pero más viejo.

Y es así que, en los sueños,
callado y a escondidas de ti mismo
vuelves a esas ciudades del pretérito,
inspeccionas tus sangres disgregadas,
recoges huellas, recopilas días,
buscas aquel minuto,
aquella risa,
aquel vuelo de ave matutina
o esa última lágrima.

CUATRO

No te angusties por ello.

Así eres. Así somos.
Así seremos siempre.
Prófugos del ayer,
náufragos del pasado,
huérfanos de nosotros mismos,
turistas de otro tiempo
que llegan escapando a sus orígenes.

Pero, por eso mismo,
no añores un pasado que está muerto
ni recojas cadáveres
de la antigua tormenta.
No llores en los sueños.
Vive el aquí y ahora
que son tu nuevo día y nuevo tiempo,
el único horizonte
que se abre ante tus pasos.

Eso sí, abre tus brazos y tu mente
a los que te siguieron,
a los que caminaron
imitando tu búsqueda.

Son nuevos argonautas
que andan en busca de futuro propio,
aventureros de tu misma ruta,
retoños de tu estirpe.

Hay todavía más:
esos que vienen tras de ti,
guiados por tus huellas,
son el ineludible testimonio
de tu propia existencia.

NADA ME UNE A ESTA SOMBRA

Nada me une a esta sombra
pero ella insiste en reclamarse mía,
en decir que es mi envés y en ocasiones
también ha sido mi haz.

Yo la veo tan flaca y desgarbada,
tan poca cosa, tan corrida y tímida,
tan nocturnal, que pienso
que nada así puede llamarse mío.

Pero ella anda detrás, como a escondidas,
como siguiéndome furtivamente,
como esos perros flacos que se arriman
a alguien que pudiera sostenerlos.

Cómo va a ser, me digo, si yo tengo
mi propia sombra, ésta que va conmigo
y que es animosa y hasta silba
cuando camino por las tardes claras.

Pero esta otra insiste y me porfía,
dice que ella es mi sombra de otros tiempos,
una que abandoné por muchos años
y que ahora me busca para unírseme.

Y esto no puede ser, digo y repito.
¿Cómo podría andar tranquilamente
con dos sombras siguiéndome los pasos,
la una feliz, risueña, encantadora,
y la otra triste y flaca, como enferma
de algún mal incurable. ¡No se puede!

A más de flaca y triste, es harto necia,
y sigue con su cuento del pasado
y el abandono en que quedó algún día.
Pero eso es imposible, le repito.
Nunca, ninguna sombra queda sola
sino que marcha tras su huesa blanca,
tras su sangre vibrante, tras sus pelos
y hasta tras sus palabras caminantes.

Mas ella se está ahí, callada y triste,
esperando que un día la recoja
y la lleve conmigo, tras mis pasos
o por delante de ellos, según alumbre el sol
o haya un claro de luna persiguiéndonos.

Yo ya no sé que hacer. ¡Habráse visto
un tamaño y sombrío despropósito!
Además, está el hecho indiscutible
de que en esta ciudad de las envidias
no faltará el perverso que me acuse
de ser un pretencioso, un prepotente
que tiene un par de sombras,
cuando todos poseen una sola
y algunos ni esa única.

Otros dirán que soy un esnobista
o quizá un travestido, un bipolar sin cura
o un muerto que camina. ¡Cuánto riesgo
puede tener esta cuestión absurda!

Además, suponiendo fuera cierto
eso del abandono, no me explico
cómo fue que una sombra se quedó rezagada
de su masa causante, de su muro,
de su haz de electrones encendidos.

Ella dice que un día
se sintió mal y se quedó en la cama
porque era ya de noche, pero luego
se encontró con que yo me había marchado
de prisa y sin saberse para dónde,
y que ya no me halló, porque mis pasos
iban de un lado a otro y a mis huellas
les dio por esconderse y camuflarse,
o por mimetizarse en otros pasos
igualmente perdidos.

Yo me digo, en voz baja, que esta sombra
se parece a su dueño de otro tiempo,
que andaba apendejado, temeroso
y medio clandestino,
para que no le vieran las costuras
de las viejas heridas,
las cicatrices de las sangres secas,
los garrotazos del destino fiero.
También se le parece en su tardía
aparición, en su fallido intento
de ir a la hora y al lugar preciso.

¡Ah!, pobre sombra escuálida,
pobre envés atrasado de su origen,
yo no sé que va a ser de su destino.
Tendrá que conformarse
con laborar en unas horas extras,
con salir por la noche
y aparentar ser sombra de mi sombra,
espejo de otro espejo, eco de un eco,
segundo resonar de un rayo sordo.

Y tendrá que cambiarse de vestido,
aparentar buen ánimo, caminar a buen paso
para no semejarse a un ser tardío,
a una neblina triste de la tarde,
a un aire ya sin aves y sin vuelos.

Mejor, quizá debiera jubilarse
y no andar trabajando a toda hora,
siguiendo, pertinaz, a la escultura
que la motiva a andar, interminable.

Quizá, entonces, podríamos
sentarnos a cantar boleros viejos,
yo por la prima y ella bordoneando,
o conformar un trío con mi sombra
–la actual, la jubilosa–
para cantar baladas entusiastas
de los años setentas.

Es la única salida que le encuentro
a esta disputa pertinaz y oscura,
entre una sombra gris, sobreviviente
a mi propio holocausto,
y ésta mi sombra actual, contemporánea,
que se anda mansamente tras mis pasos,
se apura con mis prisas o camina
con elegancia cuando el sol no aprieta,
y que, todos los sábados,
baila feliz el dos por tres o gira
al compás de la salsa y dice ¡Azúcar!

EL OTRO

Hoy quiero hablar de ese otro que me habita.
No de éste que conocen, que es tranquilo
y suele ser cortés y bien portado.
No. Quiero hablar del otro
que vive en mis espacios interiores,
del que pasa de incógnito,
del que nadie sospecha su existencia,
del que creció a la sombra de mí mismo
y se anda ahí, callado y siempre atento,
cuidándome los pasos, protegiéndome,
porque dice que soy confiado al máximo,
abierto a la amistad y descuidado
de mi propio destino.

Él, en cambio, es sagaz y siempre lúcido,
mira con veinte ojos, hacia todos los lados;
escucha los susurros, sabe leer los labios
y encuentra en las miradas la información oculta.

Él es así, incisivo y silencioso
como estilete fino.

A veces yo me olvido de su propia existencia
pero asoma de pronto, inesperado,
y marca su presencia.

Él es quien está atento a los peligros,
quien huele la amenaza que se acerca,
quien capta las señales sospechosas
y hasta las malas ondas en el aire.

Si, de pronto, me toca saludar a un perverso,
este otro yo me impone un apretón de acero
y una mirada fría y penetrante;
pero, ante los humildes y los débiles,
sonríe mansamente y es simpático.

¡Ah!, si lo conociesen quizá tendrían miedo,
porque él es implacable en sus asuntos,
no descansa jamás y sigue el rastro
de las cosas perdidas hasta hallarlas
y persigue la huella de los malos,
de los que lo ofendieron,
hasta encontrar su cueva.

También es vengativo y dice quedo
que la venganza es la justicia en bruto,
la justicia esencial sin atenuantes,
y que un malvado sin castigo es fiera
que ya probó la sangre y no se sacia.

Este otro no descansa, está despierto
incluso en la alta noche, recordando
las cuentas que en la vida están pendientes
de cobrar y pagar, atando cabos
y desatando nudos interiores.

Con las mujeres tiene guerra propia.
Las mira y clasifica prontamente,
me alerta si hay peligro de algún tipo
y hasta se regodea con algunas,
mirándolas a fondo y escaneándolas
sin tacos ni vestidos.

En él cobra el instinto todas sus dimensiones,
pero es también un núcleo
de inteligencia emocional temprana.

Yo soy olvidadizo y soy disléxico,
olvido rostros, nombres, circunstancias,
pero, a cambio,
él es un insondable disco duro
que parece guardar todas las páginas
de mi agitada vida.
Por eso yo recurro a su memoria
cuando la mía falla
y él, con paciencia, me regala datos
robados al olvido.

¡Ah!, si lo conocieran…

YO SOY AQUEL

Yo soy aquel que un día ya lejano
se apartó de su sol y de su suelo
por buscar nuevas rutas
y encontrar su destino.

La vida me llevó por recovecos,
zarzas y precipicios.
el viento me elevó como cometa loca,
me sacudió de vuelta y tiró al suelo.
La nube me acogió en sus algodones
y me cubrió de bellas tempestades.
El sol quemó mi piel, me brindó luces
y fieras ardentías.
Los cocuyos azules me guiaron
por el prado nocturno.
El agua del arroyo me acunó con murmurios
y hasta las mariposas me cuidaron
el sueño matinal, con aleteos.

Al final del camino,
el niño original era ya un hombre
que cambió la inocencia por audacia,
la calma por fatiga,
el silencio por grito
y la paciencia antigua por premura.

Amigos de otra época, les digo:
ya no soy el que fui,
el que partió a la búsqueda
de un horizonte nuevo,
imaginado apenas en sus sueños.

Éste que ha regresado es otro ser
que ninguno de ustedes conocía:
el que anduvo senderos y barrancos,
el que trepó a las cimas y rodó a las quebradas,
el que enfrentó a las fieras,
el que llegó hasta el filo de la muerte.

Vuelvo con otros ojos
que han visto el bien y el mal,
que se han gastado
leyendo libros y mirando auroras.
Traigo otras manos que las que llevé,
esas manos suavísimas de coger amapolas,
que se volvieron ásperas y firmes
en medio de trabajos y combates.
Soy el que vuelve tarde a su pasado,
el que anduvo perdido en las marismas,
el que vagó en los páramos
como un lobo salvaje,
y, al fin, halló el camino de regreso
a sus tierras de origen.

Vengo libre de cargas y de ripios.
En cada encrucijada
fui despojándome de arboladuras,
de muebles viejos y de amores muertos,
para quedarme limpio de tardanzas,
ligero al caminar y sin adargas.

Pero he de confesarles que conservo
el mismo afán de vida de otros tiempos,

el mismo impulso loco de explorar horizontes
y atravesar océanos,
pero, por sobre todo,
el mismo abrazo firme para los que me quieren.

MIRANDO EL MUNDO

Preguntas por mis pasos,
por mis deambulaciones en el mundo,
por las rutas que anduve en tantos años,
y no sé qué decirte a ciencia cierta:
¡Son tantas cosas que contar, amigo!...

Anduve por senderos alfombrados
de flores y de hierbas olorosas
y por caminos mustios, pedregosos,
entre tierras hostiles y olvidadas.

Fui por los soledosos arenales
que derramó el volcán,
por las enhiestas cúpulas de hielo
de las altas montañas,
por las verdes llanuras de la costa
y los bosques tupidos de la selva,
por el manglar solemne y enredado,
por las interminables colinas del estío.

Anduve en las marismas engañosas
donde no sabes si está el mar o el suelo,
en las dunas ardientes y sin brisa,
en los sombríos bosques siempre verdes,
en los cañaverales de la zafra,
en dorados trigales donde el viento
venadea en las tardes de verano,
entre las perfumadas plantaciones
de naranjos en flor
y entre las parras donde se maduran
las uvas rojas y el fulgor del vino.

Dormí bajo las palmas, escuchando
el ulular del viento entre las ramas,
dormí en las talanqueras campesinas
y en hamacas montubias,
en el tasín de paja de la choza del páramo
o a cielo abierto, bajo los alisos.

Navegué por los ríos infinitos
que van hacia la mar, aguas dormidas
que viajan lentas hacia su destino,
entre orillas silvestres o cubiertas
de pueblos encantados.

Fui por el Babahoyo y por el Guayas
entre orillas pobladas de mangos y de garzas
y recordé los barcos de mi infancia
que iban por esas aguas hacia el puerto caliente.

Anduve por el Napo de amplias márgenes
que, cual enorme cinturón de plata,
se enrumba al Amazonas,
y el temible Pastaza,
que rompió cordilleras con sus aguas
y baja con la furia de los Andes.

Navegué el Mississippi
y miré las ciudades de su paso,
los molinos de harina y las barcazas
cargadas de productos,
los bellos pueblos de los pobres negros.

Anduve por el Sena y el Danubio
mirando los palacios de los márgenes,

los formidables puentes entre orillas,
los barquitos turísticos.

Navegué por el Ebro y el Guadiana,
por el Guadalquivir de los califas,
por el calmado Tajo que se adentra al océano
saliendo de encumbrados farallones.

Y aquí me tienes, otra vez, amigo,
viviendo entre volcanes encendidos
bajo el sol más radiante del planeta,
entre los valles tibios y las montañas gélidas,
rodeado de las verdes colinas de mi tierra,
gozando del afecto de mis gentes.

NUBES

Yo nací en un país de largas nubes.
Apenas abrí un ojo vi los rostros amados
y después esos bellos algodones
que andaban por el cielo,
paseando entre el azul del infinito
y el verdeazul oscuro de los montes.

Desde entonces mi vida ha girado entre nubes,
nubes multiplicadas, nubes gráciles
o nubes tormentosas.

Y es que las nubes son como las gentes,
diversas, sorprendentes, elegantes,
locas, mansas o indóciles.

Unas, siempre de viaje,
volando sin volar en las alturas,
paseando lentamente por los aires,
mirando a los paisajes y las gentes
con sus ojos de lágrima.

Otras, fijas al suelo,
dormidas en los valles y quebradas,
cuidando del descanso de los pájaros,
del verdor de la vida y el rumor del riachuelo.

Aquellas, elevándose allá en la lejanía,
como montañas de algodón de azúcar
que anuncian la presencia del invierno
o globos gigantescos caídos a la tierra
para condecorar al horizonte.

Esas otras, oscuras y sombrías,
que están, amenazantes,
colgadas de las ramas del árbol de la tarde,
oscureciendo el mundo,
anunciando con truenos la llegada del rayo,
la descarga impetuosa de la lluvia
o el fragor de los vientos de tormenta.

Y, en fin, están aquellas que no parecen nubes
sino volutas de humo descarriadas,
plumas de un raudo pájaro que están sueltas al viento,
líneas de tinta blanca
en la página azul de los veranos.

Las he mirado a todas desde niño.
La yerba fresca de los suelos verdes
ha sido mi oteadero predilecto.
Desde allá abajo, con la vista en alto,
uno las mira en plenitud de cielo,
en plenitud de viento y de paisaje.

Las hay que pasan rápidas,
yendo de prisa hacia una cita a ciegas
quien sabe si con montes o con árboles.
Las hay que viajan lentas,
como cansadas de su andar distante,
de su ritual erranza por el mundo.
Pero hay también las nubes juguetonas,
las que hacen eses, giran cual cometas
y bailan entusiastas con el viento.
Y hay esas nubes grises
que parecen ser sombra de otras nubes,
madrastras de las niñas-nubles-blancas,
o grises carceleras de soles de la tarde.

También me gusta verlas desde lo alto,
desde los verdes pasos de montaña
a cuyo pie se tienden,
donde aparecen como un mar tranquilo,
como un colchón de tibios algodones
tendido entre una hamaca de cerros azulados.

En fin, gozo de verlas subiéndome a los árboles
de los bosques nublados,
desde donde uno puede acariciarlas,
sorberlas como fresca rociadura,
oler su suave aroma de celajes,
tocar su gasa insólita.

¡Ah!, ¡quien pudiera transformarse en nube
para viajar sin límite
por encima de mares y horizontes,
para estudiar a fondo la loca geografía,
para mirar de lo alto la dimensión humana
y comprender el vuelo de los pájaros!

AGUA

Agua acunada en páramos
y en bosques tropandinos,
efluvio de las nieves sempiternas,
vívido y reluciente cristal líquido
emplumado en cascadas,
recogido en arroyos
y golpeado por piedras infinitas.

Agua que habita las cumbreras verdes,
hija del alto manantial de nubes,
neblina líquida que se aposenta
entre palmas y maiguas,
gota de musgo umbrío,
vaho de soledad y de silencio,
condensación de lágrimas del bosque.

Agua de lagos plácidos
(espejos de las nubes),
brotada en la frescura de los pozos,
entre helechos y musgos,
subsumida entre hierbas,
encerrada en acequias
o adormecida en tibios manantiales.

Agua de los torrentes, agua brava,
que se derrama en fieras avenidas,
derriba bosques, tumba arboladuras
y arrasa con cultivos y ganados.

Agua que se levanta en vapores indómitos
y que, formada en nube,
sale a volar, compite con los pájaros
y se acuesta en los valles rumorosos.

Agua insomne que viaja por las noches
o se congela en níveas blanquitudes
allende las montañas.

Agua que en la alta cumbre
cristaliza en espéculos de nieve
y juega con el sol a los destellos.

Agua que en el trigal se enciende en oros,
agua que en el maíz se vuelve mieles,
agua que en la palabra se hace cántico,
agua que en la mirada se hace lágrima.

Agua que en los jardines
se cambia en savia tímida
antes de ser fulgor de clorofila,
rubor de flor o dulcedad de fruto.

Agua frugal de riegos
que humedece frutales y pasturas,
que se convierte en leche matutina
o que madura en miel,
agua amiga del hombre y sus afanes.

Agua dormida en medio de arrozales,
agua de los esteros y albarradas,
agua de los manglares prodigiosos,
hogar bueno de peces y mariscos,
de caracoles y de especies múltiples.

Agua de las marismas y las rías,
agua loca y undívaga,
protectora de vida en las fronteras
de la tierra y el mar.

Agua de aquella gota de rocío,
lágrima de la luna
brotada en madrugada.

Agua de mi saliva y de mis ojos,
torrente que en mi sangre trota intrépido
por mis cauces tranquilos
y mis despeñaderos interiores.

Agua de mis efluvios y mis lágrimas,
de mis pozos profundos,
de mis fuentes vitales,
agua que me une al mundo y su infinito
cauce de vida líquida.

RECORDANDO ESTE RÍO

Veo las aguas plácidas y oscuras
de este río de ríos, que recoge
caudales tormentosos y aguas mansas,
torbellinos de espuma y hasta lágrimas
de lejanos nevados.

Y me digo en voz baja, en confidencia,
que en este río navegó mi infancia,
asomada en barquitos de vapor,
jugueteando entre hamacas,
mientras las tibias aguas nos llevaban
hacia el puerto soñado.

A lomos de estas aguas venidas de mi tierra,
bajadas en torrentes presurosos desde la serranía
o acunadas por bosques tropicales,
surcadas por canoas silenciosas
y pobladas de lirios y corvinas,
nacieron mis impulsos de viajero
y mis ansias de mundo.

Desde entonces ya nada me detuvo
y el río quedó corto, igual que el golfo,
porque me habían crecido
unas ansias oceánicas.

Después de tanta erranza,
de amanecer en tantas madrugadas,
de ver tanto horizonte,
de vivir vagamundo,

vuelvo a mi tierra pródiga,
miro este atardecer enrojecido
por el sol del verano,
mientras navego por el lomo quieto
de este querido río,
en hora de tibieza vespertina.

GUERRA CIVIL INTERNA

En mi interior combaten, diariamente,
las fuerzas que convocan la alegría
y esas otras que empujan
a la tristura o la misantropía.

¡Y es que hay tantos motivos de contento
en mi ya larga vida,
y tantos otros, quizá más, que buscan
entristecer la vieja tarde umbría.

Siempre me estoy alerta. Escojo de unos,
para poblar de amaneceres rubios
y de cantos de pájaros
el álbum de recuerdos.
Pero también escojo de los otros,
porque van en mi sangre,
reverberando dentro de mis células,
palpitando en mis linfas, infiltrados
al fondo de mis uñas y mis dientes.

Me inflamo de contento
al pensar en mis años juveniles,
los amigos de entonces, los esfuerzos
por trepar a la cima de los cerros,
por compartir un hábitat de pájaros,
por escuchar los ruidos de la noche,
por ver correr el agua entre las piedras,
por ganar la sonrisa de una joven.

No es menor la alegría
al recordar los viajes por los pueblos
y caminos del campo,
los paisajes en verde
o los trigales con su manto de oro.

¡Y qué decir de los primeros logros,
las graduaciones, los estudios nuevos,
la llegada de frescos ideales!

Todo es parte de un sueño prometeico,
de un ansia de conquistas de la razón y el
ánimo,
de una confianza ciega
en el valor y voluntad del hombre.

Mas transcurren los tiempos y la vida,
la sociedad de clases,
te enfrentan a unos límites,
te dicen hasta aquí, no más, avanzas;
aquí se terminaron tus afanes,
aquí concluye el vuelo de tus alas.

Es entonces que pruebas tu energía,
el temple de tu espíritu,
el ansia vigorosa que te impulsa.
Te creces ante el mundo, superas los obstáculos,
te enfrentas a las fuerzas que te niegan
la entrada al paraíso de la sabiduría,
el acceso a los dones de la naturaleza,
la llegada a la cima.

Nada es fácil. El mundo te revuelca,
te tira al piso, te quebranta el ánimo,
te muestra sus poderes fieros e ineluctables.
Pero en ti está la clave
de quedarte tendido y sometido
o levantarte para dar combate,
aunque tu sangre corra,
aunque fluyan tus lágrimas,
aunque se hagan jirones tus anhelos
de tierna fantasía.

Si eres un luchador, un alma firme,
un espíritu tieso y aguerrido,
seguirás en la brega
y abrirás tu camino con mandobles,
con letras de combate, con palabras.

Ahora, ya en los años del descanso,
en este atardecer con arreboles
al que secunda el cierzo,
rememoro esos tiempos de combate,
esos anhelos fieros, esas ansias
de beberme el océano,
y también los fracasos,
como trepar a un árbol y caerse,
como embarcarse hacia otro continente
y naufragar de inicio,
como rodar laderas hasta el fondo.

Por eso estos combates cotidianos,
esta guerra civil de la memoria,
esta confrontación interminable
entre lo que soñamos y tuvimos,
entre lo que anhelamos y pudimos.

Por lo visto y vivido, por lo oído y sufrido,
el alma de un guerrero nunca logra aquietarse
hasta que al fin se apagan sus luces vespertinas.

FULGORES FALSOS

La historia se ha pasado recreando fulgores falsos,
enalteciendo resonancias equívocas,
sacralizando héroes de pacotilla,
fabricando coronas de laurel
para reverenciar a fulanito,
dar lustre a figurinas de postín,
o colocar en alto el apellido
del cuidadoso escriba.

Ya van dos siglos largos
de este ruin ejercicio funerario,
que consagró al bandido cual padre de la patria,
glorificó al pirata como héroe inmarcesible,
cantó loas a las carnicerías
de las guerras civiles,
levantó monumentos a las banalidades.

Pobre país desmemoriado,
donde el cura pedófilo
funge de personaje insuperable,
el pícaro de ayer ensaya cátedra
de alto comportamiento,
el huaquero se vende por científico
y la señora alegre de otra hora
hoy es la solemnísima impecable.

FRONTERAS Y PATERAS

Nos llenaron de ideas mentirosas,
nos prometieron un planeta abierto,
proclamaron la unión de los caminos,
la libertad sin límites,
la globalización del infinito.

Y ahora vivimos en la pesadilla,
en la sombría noche de la angustia,
en un globo erizado de fronteras,
altos muros de acero,
alambradas eléctricas
o visas excluyentes,
muros de infamia y sangre levantados
para cuidar las bellas ciudadelas de la abundancia nórdica,
los museos, archivos y jardines del cruel colonialismo,
los sacrosantos bancos del tesoro imperial,
las catedrales hechas por esclavos,
las universidades que enseñan a saquear.

Oigo gemir a los mendigos del mundo,
oigo clamar a los pobres de la tierra
que quieren conocer las ciudadelas,
compartir las migajas de los ricos,
ganar unos centavos para enviarlos
a su infierno misérrimo,
y que a cambio reciben esclavitud y balas,
o que mueren ahogados en el Mediterráneo,
o que enfrentan los muros y desiertos
de la cruel Norteamérica.

Oigo el estruendo de las bombas que estallan
y me arrebatan los gemidos
de los niños heridos y de las madres huérfanas,
veo a la gran bestia blanca paseándose por países ajenos,
observo a sus ejércitos y aviones
exterminando pueblos
y me digo que el Dante no hubiera imaginado
infierno tan horrendo como éste.
Tan solo el viejo Bruegel
se anticipó a este crimen gigantesco,
previó el triunfo horroroso de la muerte
y mostró a la ambición y la codicia
imponiéndose a todos,
reinando sobre el campo del olvido.

Llora mi conciencia herida,
rabia mi espíritu impotente,
muere dentro de mí todo respeto
por la paz oficial,
que es paz de los sepulcros,
y ante la infamia, por lo pronto, grito,
grito estentóreamente,
que descreo de dios,
de este miserable dios terreno
inventado en las sombras
para frenar rebeldes,
acallar insurgentes,
consolar a los débiles de espíritu
y confortar a viles poderosos.

LA PAZ TRAS LOS COMBATES

Nada hay, sino tu sombra,
que me oscurezca el día.
Nada, sino tus pasos,
que huellen este suelo donde vivo.
Nada, sino tus manos,
que alivien el furor de esta ardentía.

Tú eres la paz, la calma presentida
al final de un camino de combates,
la liturgia del beso,
la sal de la palabra.

¡Ah!, pero cuando enciendes el fuego de tus ojos,
cuando estalla tu pólvora ideológica,
nada como el destello de tus luces,
el argumento duro e implacable,
la fiereza oratoria.

Es una combatiente, me digo, una saeta
lanzada contra el tiempo del oprobio,
contra la preeminencia masculina.

Luego, vuelve la calma.

NO HAY PAZ POSIBLE

No hay paz posible porque los combates
no han terminado aún, porque la furia
sigue vigente y el dolor del duelo
sigue royendo al fondo de la célula.

Cada día la muerte vengativa
madruga a su tarea, cada día
el odio a lo de enfrente, a lo diverso,
al que piensa distinto, al que se viste
con ropas de colores, al que sueña
con un cielo sin dioses y sin ángeles,
al que proclama su ansia de asolearse,
su derecho a vivir como le plazca,
a guarecerse bajo su propio árbol,
a plantar una vid en tierra buena.

Y es que la muerte tiene promotores,
diseñadores y empresarios múltiples,
que viven de planear ejecuciones,
despojos, desalojos, destrucciones;
que encienden odios y fabrican miedos,
que venden armas y que siegan vidas,
que envenenan espíritus.

Para esos promotores
no hay nadie peor que quien fabrica sueños,
quien alza su país sobre las sombras
y siembra escuelas en los campos tristes,
quien levanta hospitales o hidroeléctricas,
quien abre las fronteras a los pájaros.

Y por eso no hay paz. Porque el perverso
quiere adueñarse de los campos verdes,
imponer su sangrienta preeminencia
entre los sembradores de los árboles,
adueñarse del agua y de los vientos,
cerrar los pasos y cortar los puentes,
cercar el mundo entero con alambres.

El enemigo es el que pasa al lado,
el enemigo es el que vive al frente,
el que tiene la piel aceitunada,
el que habla en un idioma que no es mío,
el que canta otra música,
el que guarda otros sueños,
el que yo no conozco, pero temo,
ése que no me daña, pero al que odio,
sobre todo por pobre y desvalido,
porque no me molestan los distintos
si son turistas y si traen dólares,
si se ven poderosos y eficientes,
si puedo aprovechar de su presencia.

Guerras grandes y chicas, frías y cálidas,
escándalos de curas violadores
y de empresas fantasmas,
políticas de ajuste encaminadas
a joder a los pobres y premiar a los ricos,
gobiernos que traicionan al votante,
políticos corruptos y volátiles,
prensa vil, radio pútrida,
televisión asqueante,
delincuencia alevosa e insolente
que imita a los de arriba.

Y entonces, ante el miedo fabricado,
ante las inquietudes y protestas
de los pobres y escuálidos,
empieza a levantarse desde arriba
el reclamo del orden,
el discurso del orden,
la figura del orden,
que casi siempre es un fascista histérico.

¡Ah!, pobre humanidad deshumanada,
que vas de un lado a otro, conturbándote,
agitándote en duelo interminable
entre tus propios sueños, recurrentes,
y el dios, el cielo o la promesa ajenos.

Es tan solo por eso
que no hay paz ni sosiego
en medio de este infierno.

AFUERA, UN FORASTERO

Al poeta venezolano Juan Chávez, in memoriam

Afuera, un forastero me visita.
Dice venir de lejos, de otra tierra,
de un país con libélulas gigantes
y flores emplumadas,
de un país que soñó con algo nuevo
y vio caer su sueño pisoteado
por la conspiración del vecindario,
de un país que intentó quitar las escaleras
entre arriba y abajo,
que quiso equiparar a los humildes
con los desenfadados y orgullosos,
que proclamó que el sol era de todos,
que la luna de todos,
que el alfabeto y la salud de todos.

¡Pero, qué va! Lo fueron carcomiendo,
quitándole las frutas y las flores,
royéndole sus sueños, conturbándolo
hasta llegarle al alma.

A su vez, el gigante generoso
se había descuidado de sus huertos,
había desatendido sus semillas,
olvidó combatir a los parásitos
que iban consumiéndolo por dentro,
se distrajo, confiado
en su tinaja de monedas de oro.

Y llegó la hora crítica. Faltaron las monedas
y la pobreza entristeció los sueños,
angustió a los más débiles
y los puso a vagar por los caminos.

Ahora, un forastero me visita,
tiene un pañuelo tricolor al cuello.
Abro mi puerta, abrazo al caminante.

INVOCACIÓN A QUITO

Yo, que anduve tus calles desde niño,
yo, que llegué con mi morral de sueños
en pos de tu cultura, en busca de tu esencia,
te invoco ahora, señorial señora,
para que alumbres otra vez las rutas
del mundo americano, para que alces
tu poderosa voz al infinito
y grites ¡Libertad! como hace tiempo.

Me duele verte replegada y tímida,
como ocultando lágrimas,
como rumiando furias en silencio,
como esperando el sol de otro verano
para alumbrar un nuevo agosto fiero.

Tú no mereces esto,
esta ciénaga de odios,
esta acumulación de pequeñeces,
esta danza de inválidos.

Lo tuyo es la alegría desbordante,
la vida en florescencia permanente,
la fiebre de vivir,
la pasión de crear,
el esfuerzo callado y el ansia de progreso.

Eres esa ciudad que el gran Espejo
veía en las esquinas,
de artesanos vendiendo sus creaciones de arte,
de palabras que cruzan por el aire
voceando sus ofertas o canturreando coplas.

Vuelve a ser la que eras,
la que has sido por siempre
y prepara tu voz para ese nuevo grito.
Entre tanto, urbe amada,
haz del invierno tu recogimiento,
tu cuartel de luciérnagas,
para pintar carteles y acumular cuchillos.

Que mayo llegue con su primavera
de luces de combate
o que agosto nos traiga su verano
de lucha y libertad reconquistada.

MANÍAS DEL OTOÑO

Me ha dado por volver sobre mis pasos,
por desandar caminos ya trillados,
por recoger palabras colgadas en el viento,
por perseguir imágenes de antaño,
músicas de otro tiempo,
recuerdos escondidos
en algún hueco azul de la memoria.

Es cierto que me gusta hurgar en el pasado,
andar metido entre papeles viejos,
recoger datos, fechas, circunstancias,
reconstruir sucesos olvidados.
Mejor dicho,
esa es mi tarea y es mi oficio
de cronista del tiempo.

Pero eso es otra cosa. Lo que ahora
me mueve y me conmueve
es algo más profundo, algo más íntimo,
algo que resucita entre el olvido,
algo que sale a reclamar su numen,
algo que busca rescatar su espacio
perdido entre algoritmos
o entre archivos ocultos
de un viejo disco duro.

Y es así como un día me levanto
persiguiendo una fecha
y otro día me acuesto, insatisfecho,
de no encontrar la huella de un recuerdo.

En las noches la búsqueda es más honda,
porque en el sueño recupero imágenes
que olvido en la vigilia,
y hallo viejas palabras, viejas lágrimas,
conversaciones de un ayer lejano,
dolores ya olvidados, risas jóvenes,
rastros de lo que fue, de lo que fuimos.

Eso no es todo.
Vuelvo a rutas antiguas
en busca de paisajes con luciérnagas
o en la confianza de mirar auroras
como esas de otro tiempo,
o noches con estrellas relucientes,
luceros titilantes o fugaces,
luz alunada y sombra amanecida.

Y lo mejor es esto que me pasa.
Voy hallando en mí mismo,
en mi memoria esquiva,
recuerdos escondidos, chaquiñanes
por donde deambulaba en otro tiempo,
amistades de ayer, amores náufragos
y hasta retazos de poemas breves.

Me dan estas manías en otoño.

ARREBOLES DE FUEGO

Hay tardes que se inflaman con arreboles de oro.

Por sobre las montañas, tras de las altas nubes,
ellas se encienden plenas de bermellones rojos,
de pátinas de fuego
y ponen alegría en el crepúsculo.

Luego, casi sin transición, van diluyéndose
en oros viejos y en rosados tenues
y terminan perdiéndose allá, en el infinito,
dando paso a las sombras y a la noche.

Hallo que esos crepúsculos de lumbre
se parecen a nuestro propio espíritu,
que al ver su ocaso próximo
prende las luces últimas
y pretende incendiar con fulgores tardíos
la tarde que se apaga.

ÍNDICE

PALABRAS INICIALES 7

POEMAS DE OTRO TIEMPO 9
Revolución 11
Búsquedas 12
Soy el que soy 13
Mis habitantes 14
Carta marcada 15
Chuquirahua 16
Despierto 18
El sendero iluminado 19
Llanto 21
Precocidad 22
Sudamericano 23
Me explico algunas cosas 25
Canción de amor 27
Ciudad sin propietarios 29
La undívaga 30
¿Por qué tardaste tanto? 32
Gracias, Amada mía 33
Elementos 36
Equívocos 40
Maizales verdes 42
Dulce Patria 43
Destinos 45
Insomnios 48
Fantasmas 50
Hermano 52
Hijo mío lejano 54
Mi pequeño 56
Mi pequeña 57
Las palabras 61

POEMAS DEL OTOÑO 64
Con la memoria a cuestas 66
¿Dónde quedó ese niño? 69
Extraño mis montañas 71
Sabores y colores de mi tierra 75
Ecuador tierra pródiga 78
Para enfrentar a la muerte 81
Rememorando a Mark Strand 84
Madre 86
Nunca te vas del todo 90
Nada me une a esa sombra 95
El otro 99
Yo soy aquel 102

Mirando el mundo 105
Nubes 108
Agua 111
Recordando este río 114
Guerra civil interna 116
Fulgores falsos 120
Fronteras y pateras 121
La paz tras los combates 123
No hay paz posible 124
Afuera, un forastero 126
Invocación a Quito 129
Manías de otoño 131
Arreboles de fuego 133

En estas páginas no hallarán ustedes rimas ni metáforas, porque se trata de una poesía de combate, surgida de una vida siempre en ascuas, siempre en trance de lucha contra los espantajos de afuera y los fantasmas interiores. Además, la verdad es que gusté más bien de una poesía esencial, desnuda de abalorios, que expresara lo suyo del modo más directo.